Como se puede apreciar, los estudios sobre historia de la educación comportan infinidad de aspectos: los fundamentos ideológicos, las condiciones materiales, los recursos pedagógicos, las personas e instituciones, en fin, todo un conjunto de discursos y prácticas que se ponen en juego para posibilitar las experiencias educativas. La Orden de Predicadores, cercana por convicción a esta práctica, ha apostado en diversos escenarios y periodos por la proyección de su obra misional a través de la educación, convirtiéndose en un referente legítimo en las investigaciones sobre este campo.

FABIÁN LEONARDO BENAVIDES SILVA
EUGENIO MARTÍN TORRES TORRES, O. P.
ANDRÉS MAURICIO ESCOBAR HERRERA

Capítulo 1

El Colegio de San Luis y los estudios conventuales de Puebla, México

ROSARIO TORRES DOMÍNGUEZ
MARÍA DE LOURDES HERRERA FERIA*

Introducción

La vocación primordial de la Orden establecida por santo Domingo de Guzmán fue, además de las actividades propias del mundo clerical, la de predicar el evangelio a quienes lo ignoraban o lo interpretaban equívocamente propiciando la herejía. El estudio de las Sagradas Escrituras y la predicación doctrinal fueron los medios de los que se valió la Orden para lograr el convencimiento y la conversión de los herejes, de los incrédulos y de los ignorantes. Después de su llegada a Ciudad de México, en 1526, con el propósito de evangelizar a los indios, los dominicos empezaron a incursionar en el territorio de la Nueva España. A su paso, para llevar a cabo su actividad eclesial, fundaron casas y conventos y, anexos a estos, cursos y cátedras, en principio, para formar a los miembros de la Orden. Sus centros de estudios, sin género de duda, lograron entre sus colegiales el mayor y más refinado conocimiento.

* Investigadoras de la Universidad Autónoma de Puebla.

Los dominicos empezaron con su labor educativa en 1541, en el convento de la Ciudad de México; en 1585 fundaron el Colegio de San Luis Rey, en su convento de Puebla; en 1603 en sus conventos de Nuestra Señora del Rosario en Guadalajara y también en el de Santa Cruz de Zacatecas; en 1606 en el convento Imperial y Pontificio de Porta Coeli en la Ciudad de México, y en 1685, en su convento de Santa Rosa en Sombrerete. Además, en sus conventos de Oaxaca, en Santa María de la Piedad —a extramuros de la ciudad de México— y en el de San Pedro y San Pablo en Querétaro, se impartieron cursos de filosofía. Por otra parte, la presencia dominicana en el claustro magisterial de la Real y Pontificia Universidad de México (1551) fue notable desde sus inicios y, a fines del siglo XVIII, fueron los principales promotores de la fundación de la Real Universidad de Guadalajara (1792) (Soto, 2007). Tradicionalmente los centros de estudios de formación dominicana eran instituciones que respondían para cubrir las necesidades formativas de su propio clero, pues el estudio como condición para la predicación doctrinal era el medio para alcanzar los fines de la comunidad de predicadores. Por su profesorado, sus programas y métodos de enseñanza, sus centros de estudios fueron adquiriendo el carácter de centros formativos de la élite letrada.

Estas apreciaciones generales son útiles para contextualizar el funcionamiento del Colegio de San Luis de Puebla. Dicha institución, constituida por un grupo selecto de frailes para realizar estudios de artes y teología, aunque estuvo contigua al convento de Santo Domingo, actuaba como una congregación independiente: se gobernaba a sí misma nombrando a un rector y dos consiliarios de entre los mismos colegiales, administraba sus propias rentas e imponía como requisito de ingreso a sus aspirantes las constancias de limpieza de sangre. En la práctica funcionó como un colegio mayor, aunque nunca contó con ningún título real que lo reconociera como tal. En las líneas siguientes, y a partir de la revisión de sus constituciones, se presenta el funcionamiento del Colegio de San Luis con el propósito de mostrar la organización de los estudios que dispuso la Orden de Predicadores para atender, principalmente, sus propias necesidades formativas pero, también, las de la sociedad angelopolitana. El repaso de su reglamentación servirá para comprender el tipo de formación académica que la Orden brindó

tanto a los integrantes de su propia comunidad como a los seglares y, al mismo tiempo, los límites que los poderes civiles y religiosos le impusieron para otorgar los grados que posibilitaban el ascenso social.

La tradición formativa dominicana

El estudio y la predicación están íntimamente unidos en la acción evangelizadora de los dominicos. Santo Tomás de Aquino en su *Suma teológica* justificó ampliamente el primero, toda vez que este ilumina el espíritu, lo aparta de los errores y falsedades, rebate a los que contradicen la verdad y “frena la concupiscencia de la carne” (Ulloa, 1977, p. 225). Por estas razones, para ingresar a un convento de formación dominicana era requisito indispensable el conocimiento del latín y la presentación de un examen en el cual el candidato debía demostrar: “aptitud para el estudio, espíritu de piedad, mansedumbre, buenas inclinaciones”, además de dar a conocer la motivación que lo conducía a abrazar la vida religiosa. No se admitían hombres “violentos, viciosos o enfermizos” (Ulloa, 1977, p. 227). Se puede decir que los aspirantes pasaban por un riguroso examen de selección en el que sobre todo debían demostrar su capacidad intelectual.

En el siglo xiv, el plan de estudios estaba compuesto por disciplinas inferiores y superiores (Ulloa, 1977, p. 239). Los estudios inferiores comprendían artes y filosofía. En artes, los dominicos aprendían gramática —la organización del lenguaje—, retórica —la transmisión oral del conocimiento— y lógica —el sistema que da orden al pensamiento—; los predicadores se dedicaban al conocimiento del *trivium* para adquirir la capacidad de sistematizar el conocimiento por medio del lenguaje escrito y oral. Por tanto, los estudios de artes los facultaban como grandes oradores, ya que los dotaban de uno de los grandes instrumentos de poder: la palabra (González, 2013). Los estudios de filosofía comprendían: los libros de Aristóteles, filosofía natural y moral, física, metafísica y ética. Los estudios superiores estaban conformados de un curso de Biblia y otro de teología en el que, sobre todo, se leían los textos de Santo Tomás de Aquino, ya que se consideraba el teólogo dominico por antonomasia.

Durante los años siguientes a la fundación de la Orden de Predicadores, los frailes se formaron intelectualmente en las universidades medievales mientras su vida religiosa y espiritual se llevaba a cabo en el claustro. Sin embargo, con el tiempo surgió la necesidad de crear centros de estudios propios que se enfocaran más a los quehaceres y al ministerio dominicano. Para ello, se crearon los centros de estudios conventuales, provinciales y generales (Ulloa, 1977, p. 235). Aunque se sabe muy poco de estas fundaciones, se ha podido establecer que esos colegios para frailes formaban parte del sistema de la organización de los estudios que la Orden había creado para cubrir sus propias necesidades formativas. Toda vez que el estudio era el medio para alcanzar los fines de la comunidad de predicadores, desde el capítulo provincial de Burgos (1506) —en donde se consiguió la plena reforma y unificación de la provincia de Castilla—, se acordó que después de las costumbres religiosas y de las “santas observancias”, el estudio era lo más importante “porque da esplendor a la Orden, contribuye a la paz y es un medio óptimo para la salvación de las almas” (Ramírez, 2001). Se aprecia que, desde los capítulos fundacionales, el estudio ha tenido un lugar preferente en la “concepción original de la corporación” (Ramírez, 2001) pues era visto como una misión religiosa.

Entonces, desde su nacimiento, la Orden se vio en la necesidad de establecer centros de estudio propios que garantizaran la formación intelectual que exigía su ministerio. El centro de estudio conventual tenía asiento en cada uno de los conventos donde se exigía un determinado número de religiosos, y por lo menos un lector o maestro de teología. Con el tiempo, no todos los conventos pudieron disponer de un maestro, reservándose la lectura solo para un convento. Así, nacieron los centros de estudios solemnes o generales, uno en cada provincia y se distinguían de otros centros de estudios por la calidad de sus lectores y especialidad de sus cursos (Ulloa, 1977, pp. 235-236). A esta organización de los estudios dominicanos, hay que agregar otro tipo de establecimientos: los colegios generales, que ya desde finales del siglo xv y principios del xvi se fundaron en algunas provincias de España, como el colegio San Gregorio de Valladolid (1487) y el Santo Tomás de Sevilla (1517), entre otros. Aparte de estos importantes colegios, algunos de los cuales después se transformaron en universidades, también podemos hablar de

otros menores —los colegios de San Cayetano y el de Santo Domingo de la Cruz—, anexos a diversos conventos como los de San Esteban en Salamanca y que eran dependientes de las residencias a las que estaban vinculados (Ramírez, 2001). Del colegio de Santo Domingo de la Cruz hay más noticias, y se sabe que a él concurría un pequeño grupo de los alumnos más adelantados del estudio general de San Esteban y, para dedicarse con mayor ímpetu al estudio, tenían dispensa para celebrar el oficio divino y muchas de las actividades de los observantes. El colegio estaba anexo al convento, tuvo patronos, estatutos y la más alta élite intelectual, que actuaba como una tropa selecta de la reforma católica (Ramírez, 1996, pp. 187-201).

Los colegios coloniales

Para una mayor comprensión de esta exposición, es pertinente iniciar con algunas consideraciones generales sobre las instituciones educativas novohispanas. Los colegios coloniales no formaban un sistema escolarizado ni fueron creados siguiendo un patrón general. Las instituciones educativas de este periodo eran un conjunto de establecimientos complejos y heterogéneos. Según fueran las características de su financiamiento, gobierno y administración, tipo de beneficiarios y práctica docente, podemos hablar de colegios mayores y menores, de residencia o enseñanza y colegios seminarios.¹ Los colegios menores eran aquellos cuyos estudiantes carecían de grados; los de residencia únicamente servían de vivienda para los estudiantes que asistían a la universidad o a otro lugar a tomar sus lecciones. Los de enseñanza o ejercicio, en cambio, contaban con cátedras y sus colegiales tomaban lecciones en su interior. Los colegios seminarios fueron aquellos que surgieron a partir del Concilio de Trento, en el cual se dispuso que se estableciera un colegio en cada una de las diócesis para la formación de sacerdotes. Estos seminarios se sostenían con las rentas del obispado.

1 Véase el trabajo de Gutiérrez (1996, pp. 381-395).

Un colegio adquiriría la calidad de mayor por concesión regia y pontificia. Las características de un colegio mayor y que lo hacían diferente a los menores eran: los privilegios reales y pontificios que poseían, el hecho de constituir una comunidad de estudiantes con grado de bachiller en facultad mayor, tener entre sus requisitos las informaciones de limpieza de sangre y estar acogidos a la protección real. Ana María Carabias nos dice que gracias a los privilegios que poseían y a que detentaban sus propias rentas a perpetuidad, los colegios mayores llegaron a ser organismos autónomos con capacidad jurídica, económica y cultural. El hecho de ser independientes para gobernarse, eligiendo cada año un rector entre sus miembros y disponer de un órgano consultivo formado por consiliarios, les daba capacidad jurídica. Adquirían la facultad económica por los bienes que detentaban y que ellos administraban. El estar integrados por un grupo de individuos que poseían linaje, conocimientos y modo de vida reconocido, así como tener posibilidades de seguir acumulando saberes por estar sometidos a un régimen estricto de estudio y actividades culturales y de magisterio, les otorgaba la facultad cultural (Carabias, 1983, p. 18).

Los colegios mayores eran comunidades pequeñas, muy disciplinadas y casi monásticas. En ellos, la vida cotidiana estaba organizada para el estudio y el recogimiento. Esta forma de vida junto con las condiciones de ingreso que imponían a sus aspirantes los fue transformando. Si bien nacieron con un sentido caritativo de ayuda a los estudiantes pobres para que estos pudieran terminar sus estudios, pronto se convirtieron en espacios de formación de una élite académica, un conjunto seleccionado de individuos destinados a ocupar los puestos directivos y las dignidades eclesiásticas. En la América española solo hubo tres colegios con el título de mayor: el de San Felipe Neri de Lima, el colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santafé de Bogotá y en México el de Santa María de Todos Santos (Gutiérrez, 1996).

Los orígenes del Colegio de San Luis

Fue don Luis de León Romano quien en su testamento dispuso que se fundara un colegio con 24 religiosos en la Ciudad de México o Puebla. Se sabe que, cuando la comunidad de San Francisco de México rechazó, por sus votos de pobreza, la oferta para recibir la donación, la oportunidad pasó a los dominicos, quienes sí admitieron el encargo y se determinó que la fundación se hiciera en la ciudad de los Ángeles. Fue el mismo don Luis de León Romano, fundador del colegio, quien decidió que San Luis funcionara conforme: “a la horden que se tiene e guarda en el colegio de Valladolid en los rreynos de Castilla” (Ríos Arce, 1992, p. 191). Ese colegio —el de San Gregorio— había sido establecido en Valladolid (1487) cerca del convento de San Pablo, pero organizado como una unidad independiente. La institución estaba constituida por veinte colegiales cuyas edades fluctuaban entre 25 y 40 años, es decir, por frailes ya formados; más tarde se permitió el ingreso de colegiales más jóvenes, de entre 19 y 32 años. El gobierno del colegio recaía en tres consiliarios y en un rector; en los inicios del colegio, el rector era elegido por los colegiales y de entre ellos, años después, el cargo pasó a los excolegiales. Las colegiaturas estaban asignadas a los diversos conventos de la provincia (Ramírez, 2001, p. 152).

El 3 de noviembre de 1585, fray Domingo de Guñaga, provincial de Santiago de México, tomó posesión del Colegio de San Luis, y aunque la obra no estaba concluida, se establecieron en ella algunos religiosos. En ese año se empezó a leer un curso de artes y hubo una lección de teología (Fernández de Echeverría y Veytia, 1963, pp. 327-328). Al año siguiente, en el capítulo celebrado entre el 2 y 8 de mayo en Cuilapa, se dispuso nombrar a dos lectores de teología y uno de artes y una clase o lectura de gramática para algunos seglares. El 25 de junio de 1588, en virtud de unas ordenanzas que envió el padre general Sixto Fabro Lacence, quedó establecido el colegio y se nombró un rector propio de entre los colegiales, ya que hasta ese momento había fungido como tal el provincial. Se nombró también una junta compuesta por dos padres maestros, dos predicadores generales y dos lectores de teología para elaborar sus estatutos. Veremos, entonces, que el establecimiento del Colegio de San Luis en Puebla no fue un caso excepcional, sino, más bien, parte de un plan

previsto desde los orígenes de la Orden. Para el caso de Puebla, vendría a resolver las necesidades de estudio de la comunidad asentada en la región, y además, gracias a sus frutos, sería un elemento importante para acabar con la centralización del convento de México y más tarde reclamar la elevación del convento de Puebla a provincia.²

Los colegiales

Los estudiantes dominicos se distinguían según el grado de estudios que tenían. Primero, estaban los que debían recibir la primera instrucción en la escuela conventual, le seguían los destinados a “repetir” es decir a leer —lectores— en las mismas escuelas conventuales, una vez que acreditaban la materia. Había otros, que según sus dotes para el estudio, serían enviados a las lecciones solemnes o generales. Por último, estaban los destinados a la “*praxis*”, es decir al ministerio y que recibían una formación general de base y se les enviaba a las labores ministeriales (Ulloa, 1977, p. 242). A los colegios como el de San Luis accedían aquellos estudiantes seleccionados en los conventos por su buen desempeño en los estudios, previa aprobación de los cursos de gramática, y que contaban con estudios de filosofía y teología, pues al colegio llegaban a perfeccionarse en estas últimas materias, tal vez para después alcanzar grado de maestro en la universidad o dentro de la misma comunidad.

En la primera parte de la escritura de fundación se estableció como santo patrón del colegio en el cielo a San Luis, rey de Francia, y también se señaló como 24 el número de colegiales. Sin embargo, debido a que gran parte de la renta se gastó en la construcción del edificio, al principio la comunidad quedó integrada solo por 17 colegiales, todos miembros de la orden dominicana, un rector, dos lectores de teología, tres o cuatro familiares para servicio y oficiales para apoyar al rector

2 Torre (1998) nos dice que el colegio “[...] durante su larga existencia cumpliría con creces su misión, habiendo preparado en sus aulas a los mejores elementos de la orden [...] de él saldrían, entre otros, más de nueve obispos que dieron lustre al nombre del colegio” (p. 22).

en la administración del colegio. El número de 17 religiosos quedó integrado por seis del convento de México, cuatro del de Puebla y los restantes se dejaron a criterio del provincial, para que fuera él quien los designara entre los padres encargados de los pueblos de indios. Hasta el momento no sabemos si con el tiempo su número aumentó y recobró la matrícula propuesta inicialmente.

Para formar parte de la comunidad de San Luis, los religiosos electos como becarios debían ser menores de 30 años, “de linaje limpio, sin raza de judío, ni indio, ni moro, ni negro” (*Constitución* 2, f. 3). Demostrar tener buena salud, y estar dedicados al estudio. Para lo último tenían que comprobar haber oído por lo menos un curso de sùmulas. Después de presentar las informaciones de limpieza de sangre y los testimonios de salud y de estudios por escrito, debían examinarse en las materias requeridas (*Constitución* 2, f. 3). Los encargados de examinar a los pretendientes eran el rector, los dos lectores de teología, el maestro de estudiantes y el lector de artes. Para la prueba de conocimientos se programaba una lección de artes antes de 24 horas, cumplido este tiempo se presentaban a leer por espacio de tres cuartos de hora. Posteriormente los integrantes del jurado le argüían y finalmente votaban secretamente, aprobando con una A y reprobando con una R. El aspirante solo era reconocido como aprobado si obtenía tres A y era excluido si conseguía tres R (*Constitución* 2, f. 3).

Los religiosos admitidos a beca eran recibidos la víspera de San Luis, cuando ya contaban con vestido y todo lo necesario para iniciar sus estudios. Al ingresar al colegio debían hacer juramento ante el rector. Quedaba prohibido que formaran parte de la comunidad dos religiosos que fueran parientes, aunque pertenecieran a conventos distintos, si se diera el caso, se quedaba el mejor examinado. El tiempo de estancia en el colegio era de seis años continuos (*Constituciones* 6 y 7, *Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 8-9). Además, por las constituciones (el número 13), se prohibía a los colegiales entrar a casa particular de persona seglar en la ciudad, de hacerlo serían excluidos inmediatamente del colegio. Los colegiales podían salir del colegio solo para asistir a conclusiones, juntas o procesiones y no podían hablar con mujeres. Dos veces al mes tenían permiso para salir a recrearse al campo (*Constitución* 13, *Estatutos del Colegio de San Luis* f. 16).

Asimismo, se estipulaba que ningún religioso de la comunidad de San Luis podía entrar a la celda de otro, solo con autorización del rector (número 14). Quedaban exentos de esta prohibición los lectores de teología (*Constitución 14, Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 16-17).

El horario a seguir, según los estatutos, era el siguiente: a las ocho de la noche debían asistir todos juntos a maitines y rezarlos en comunidad delante del Santísimo Sacramento, a las cuatro de la mañana, levantarse al toque de campana y a las seis de la mañana oír misa rezada. De siete a ocho y de nueve a diez asistir a las lecciones. Después de desayunar se realizaba la conclusión de la primera clase y de dos a tres la conclusión de la segunda hora. A las tres de la tarde rezar vísperas y completas en comunidad, también delante del Santísimo Sacramento con media hora más de oración personal. De seis a siete se realizaba la conferencia de argumento de artes y de siete a ocho la cena (*Constitución 15, Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 17-19).

Los colegiales de San Luis debían asistir al convento de Santo Domingo todos los sábados del año y los días que fueren de guardar como en las Pascuas, el día de San Luis, el de San Pedro y San Pablo, el de San Juan Baptista, la noche de Navidad, el primer domingo del mes, los tres días de Semana Santa y en Todos los Santos. En esos días, junto a los religiosos del convento, los colegiales debían rezar vísperas, la salve y asistir a misa. Además el Domingo de Ramos asistir y participar en la procesión del convento (*Constitución 16, Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 19-20). El número 16 advierte que la asistencia del colegio al convento de Santo Domingo era voluntaria, no obligatoria, y el hecho de acompañar a los regulares de esa comunidad no le daba al prior ninguna autoridad sobre el colegio. De tal manera que cuando hubiera algún impedimento, no asistirían. No obstante, los colegiales de San Luis se mostrarían siempre dispuestos a apoyar como comunidad al convento cuando hubiera necesidad de confesiones, sermones y otros actos religiosos.

Su organización interna

La recomendación anterior nos sugiere de antemano la autonomía de la que gozaba el colegio con respecto al convento de Santo Domingo. El colegio era gobernado por autoridades designadas entre los mismos colegiales. En el número 26 se estipulaban las características y funciones del que hubiera de ser rector. Se advierte que el buen gobierno y la observancia de los estatutos dependían de él, por eso el religioso que ocupara ese cargo debía tener experiencia en la administración del colegio, en tanto que la elección debía recaer en un lector de teología, o en alguien que hubiera sido prior de algún convento o vicario de algún curato de indios (*Constitución 26, Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 28-29). En los primeros veinte años del colegio, los religiosos que lo gobernaron fueron nombrados por la comunidad reunida en capítulo. Pasado ese tiempo, las constituciones disponían que el rector debiera elegirse entre los colegiales y no en otra persona. Tenía que elegirse canónicamente por todos los vocales asignados, la forma era de acuerdo con lo previsto en las constituciones y actas de los capítulos generales. Su oficio debía terminar la víspera de Santiago Apóstol (el 24 de julio). Después de escuchar la misa del Espíritu Santo y comulgar todos juntos, se realizaba la elección, presidiendo con voz activa el rector actual, se seleccionaba al candidato que consiguiera más votos. Hecha la elección se notificaba al padre provincial para que confirmara el nombramiento y no debía tomar posesión hasta que llegara el decreto de confirmación (*Constitución 26, Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 28-29).

En la víspera de Todos los Santos, la comunidad del colegio le daba posesión del cargo y recibía el juramento de hacer guardar las constituciones, al mismo tiempo se comunicaba al anterior rector que su oficio había concluido. El periodo de duración en el cargo era de dos años. El número 27 disponía que el rector electo y confirmado tendría autoridad, lugar, voz y *fidelium* como prior conventual en toda la provincia y casas de ella y la antigüedad en el colegio contaba para tener lugar entre los priores (*Constitución 27, Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 30-31). Para ayudar al rector en los negocios del colegio se nombrarían dos consiliarios. Era necesario que el cargo se asignara

a colegiales con dos o más años de antigüedad y ser electos por voto secreto en la misma ceremonia de elección del rector. La duración en el oficio era de dos años, y el juramento debían hacerlo ante el rector. Las funciones que tendrían que realizar se describen en la *Constitución* 28: por las noches debían acompañar al portero a cerrar las puertas del colegio y guardar una de las dos llaves. Además cada uno tendría que resguardar una de las llaves del depósito donde se guardaba el dinero que hubiere para los gastos de la corporación. El dinero únicamente se sacaba en presencia de ellos y del rector, dando cuenta al procurador de los gastos o entradas de dinero al colegio.

Para la vigilancia directa de los colegiales, el rector, junto con los dos lectores de teología, se encargaba de nombrar a un maestro de estudios o regente. Para obtener este cargo, la persona nombrada debía comprobar haber tomado el curso de artes por dos años. El número 12 ordenaba que de no haber quien ocupara el cargo, lo hiciera el catedrático de artes. Entre las obligaciones del regente de estudios estaban presidir las conclusiones de teología, asistir con los estudiantes a las conferencias, disputas y ejercicios y supervisar a los colegiales para registrar su comportamiento y aprovechamiento. En caso de encontrar entre ellos algunos descuidados y perezosos, debía reprenderlos y avisar al rector para su amonestación o exclusión del colegio (*Constitución* 12, *Estatutos del Colegio de San Luis* f. 15). Se acota el cuidado que, en las constituciones, se puso para mantener la independencia de la comunidad de San Luis con respecto al convento de Santo Domingo de Puebla. Al final del mencionado reglamento aparece el juramento de visita que el provincial debía hacer al colegio:

Jura a Dios y por las órdenes que recibió, que fielmente, y con todo amor, y diligencia según Dios, y recta conciencia procurará la conservación, y perpetuidad y bien, y provecho del colegio y colegiales de él, y de los bienes temporales y espirituales, y guardar su libertad, y privilegios, y excepciones, y que no procurará ni por sí, ni por consejo de otros, perjudicar las inmunidades o privilegios del dicho colegio, ni que sus rentas se gasten en otras cosas, que el bien del mismo colegio, ni en ponerle lectores ni colegiales, ni

en confirmar rector, mirará sino la necesidad y autoridad del colegio... (Juramento que ha de hacer el padre, *Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 33-34).

Las líneas anteriores muestran al Colegio de San Luis como una institución de regulares, que si bien formaba parte de la Orden de Predicadores, se gobernaba por sí mismo, manejaba sus propias rentas y tenía sus propios estatutos, tal como lo hacían los colegios mayores. Se determinaba, además, que para asignar las becas se debía elegir entre los religiosos de “linaje limpio” siguiendo el mismo procedimiento del colegio de San Gregorio de Valladolid, España, y para proveer las becas, cada uno de los conventos tenía derecho a presentar uno o dos de sus mejores estudiantes, que se someterían a un riguroso examen.

Las finanzas

Por las constituciones del Colegio de San Luis, sabemos que la comunidad de estudiantes administraba sus propias rentas. Eran los dos consiliarios junto con el rector, quienes disponían del dinero y conservaban las llaves de su resguardo, dando cuenta exacta al procurador de la comunidad de los gastos y entradas de dinero. En el testamento de Luis de León Romano, como ya se adelantó, se estableció que el colegio debía constituirse por 24 colegiales, para cuya subsistencia dejó la mitad de una estancia que poseía en la provincia de Michoacán, con los ganados, esclavos y demás que le pertenecían por su mitad y 12 mil pesos para que se pusieran a censo (Fernández de Echeverría y Veytia, 1963 p. 327; Torre, 1988, p. 23). En los estatutos del colegio se menciona que la mayor parte de esa renta se gastó en la suntuosa construcción de su edificio, motivo por el cual — como ya se dijo — el número de colegiales se redujo a 17. Al respecto, el ayuntamiento de Puebla interesado en la construcción de un colegio, le cedió ocho solares traseros al convento de Santo Domingo (Torre, 1988, p. 23). Fernández de Echeverría y Veytia señalan que debido al reducido número de estudiantes (12), el colegio no ocupaba ni la mitad del sitio que le donó la ciudad. La construcción del edificio fue proporcional al número de colegiales que había de mantener en él y en el resto del terreno se

edificaron casas que se rentaron a particulares para ayudar en la manutención de los colegiales (Fernández de Echeverría y Veytia, 1963 p. 330). El cronista dominico Agustín Dávila Padilla subraya que el edificio era de cantera, con traza igual a la de San Gregorio de Valladolid, tres claustros con arquerías, capilla, portadas y portería (Dávila, 1955, pp. 571-574).

Por los datos anteriores, podemos deducir que la fuente de ingresos del colegio dependía en parte de la herencia que dejó su fundador y que se redujo después de construir el edificio. Así como en las rentas de casas ya mencionadas anteriormente. En las notas de la *Historia de la fundación de la Ciudad de Puebla de los Ángeles en la Nueva España, su descripción y presente estado*, Fernández de Echeverría y Veytia apuntan que, cuando concluyó el prolongado conflicto entre las dos provincias dominicanas, de México y Puebla, con la división de las mismas, en la sentencia de partición, se estableció que el Colegio de San Luis pertenecería a la provincia de San Miguel y los Santos Ángeles de Puebla, recibiendo a cambio la de Santiago de México todos los bienes y rentas del colegio, que sumaban 54,863 pesos y 1 real. Por lo anterior la provincia de Puebla quedó obligada, por escritura notarial del 13 de noviembre de 1726, a pagar anualmente a la provincia de Santiago 2,743 pesos de rédito que producían dichos bienes. Esta última información no hemos podido probarla con otra referencia documental.

La práctica educativa

Desde sus comienzos la Orden de Predicadores se distinguió por imponer a sus miembros una rigurosa formación teológica. El estudio era obligatorio para todos los integrantes de los grandes conventos. Cada una de las provincias contaba con los estudios necesarios para proporcionar una sólida formación a sus integrantes. Las normas constitucionales generales establecían que solo podían erigirse conventos si se contaba con un lector y con un número mínimo de seis frailes (Gonzalbo, 1990, p. 293). En las escuelas conventuales los novicios recibían los primeros cursos, ahí los frailes estudiantes podían cursar gramática, retórica y algunas materias de teología moral. Después, si resultaban seleccionados por su aptitud al estudio, podían ser enviados a los estudios solemnes o

generales a cursar artes y teología. En México podían también acudir a la universidad. Había otros estudiantes que después de concluir el noviciado eran destinados a la pastoral, estos recibían una formación general y se les enviaba a labores ministeriales o misiones, después de ser examinados en materia de confesión y predicación.

Desde 1534 en el capítulo de la provincia, debido a la carencia de colegios en Puebla para la instrucción de los jóvenes descendientes de familias españolas, se aprobó la asistencia de criollos laicos en los estudios del convento de Santo Domingo. Como vimos anteriormente, los primeros cursos que se leyeron en el Colegio de San Luis fueron artes y teología para los colegiales y gramática para seglares (Prólogo de los Estatutos del Colegio de San Luis, *Estatutos del Colegio de San Luis* f. 3). En este momento, en el colegio estudiaban alumnos seculares. No obstante, se trataba de una institución exclusivamente para frailes, ya que en la segunda parte de las constituciones se dicta que el fin principal de la fundación: “es que en él florezcan el estudio y las letras de la Sagrada Theología” para preparar sacerdotes en la predicación. Dávila Padilla menciona que “para el ministerio de los indios es menester algunas veces, saber más que para el ministerio de españoles”. Para la predicación de la fe verdadera se consideró indispensable el dominio de la teología, pues esta “... enseña verdades y da reglas cuya ejecución, después, depende de la buena prudencia de un teólogo”.

En el número 9 de la *Constitución*, se manda que los estudios de teología en San Luis debían ser rigurosos y a sus horas, sin faltar un día, iniciando desde la Santa Cruz de septiembre (el 14), a la santa vigilia de Santo Domingo (el 3 de agosto) (Peña, 2007, p. 183). Se exceptuaban de estudio los domingos y fiestas de guardar. Los lectores serían seleccionados entre los mejores y más aptos. El horario de lectura era de siete a ocho y de nueve a diez por la mañana. Un lector debía leer teología especulativa, en la primera parte o *prima secundae* de Santo Tomás y el otro la tercera parte de la materia de Sacramentos. De estas lecciones los estudiantes debían demostrar lo aprendido participando en conferencias todos los días. El número 9, dispone elegir de entre los mismos colegiales aquellos que ya hubieran cursado teología por más de tres años y un lector de artes para los estudiantes seglares que hubiere. La selección del

maestro de artes la realizaba una junta integrada por el rector, el regente de estudios, los dos lectores de teología y nueve de los colegiales más antiguos. El colegial electo para catedrático artista tendría a su cargo todo el curso por tres años, y quedaba obligado a tener conferencias todos los días y conclusiones cada quince días. Los dos primeros años de estudio debía ocuparlos en leer las *Súmulas*, lógica y física de Pedro de Soto, y en el tercero los libros de *Generatione et Corruptione*, los de Anima y si pudiese los de De Caelo. Por la tarde, de cuatro a cinco o de seis a siete, tendría una conferencia de argumentos de artes, a la que estaban obligados a asistir todos los colegiales, el maestro de estudiantes y uno de los lectores de teología. Entre las tareas que debían cumplir los lectores de teología, estaban las conclusiones y los actos mayores. Las primeras se realizaban en presencia de todo el colegio cada semana y duraban tres horas. Los actos mayores eran considerados como aquellas funciones a las que se invitaban a participar a otros conventos y colegios de la ciudad, debían ser cuatro, con una duración de tres horas.

Después de la inundación que sufrió la Ciudad de México (1629-1630), Puebla registró un aumento de población. Tal situación dificultó a los jóvenes poblanos continuar sus estudios o llegar a la universidad a graduarse, motivo por el cual los vecinos promovieron la transformación del Colegio de San Luis en universidad, buscando también el apoyo del ayuntamiento. Sin embargo, no lograron nada. Legalmente, la solicitud era improcedente, los breves de Paulo V y Urbano VIII limitaban la concesión a los colegios que distaran a más de 200 millas de cualquier otra universidad (Gonzalbo, 1990, pp. 297-298). Luego de la expulsión de los jesuitas de los territorios españoles, en 1767, y la clausura de sus colegios en 21 ciudades de la Nueva España, varios de los colegios y seminarios tuvieron que abrirse al público o admitir a un mayor número de estudiantes; tal vez entonces esta situación favoreció al Colegio de San Luis, que logró el reconocimiento de sus estudios para que sus alumnos pudieran graduarse por suficiencia en la Universidad de México (Tanck de Estrada, 1999, p. 53). El primer estudiante del colegio que aparece en los expedientes de graduados de la Real Universidad es uno que obtuvo el grado en artes en 1732, mientras que otro, lo obtuvo en teología hasta 1803, ambos sumamente tarde.

Cierre

Los colegios, los estudios elementales en los conventos y los estudios solemnes o generales formaron parte del sistema educativo propio de la Orden de Predicadores. Por consiguiente, su disposición para asumir los trabajos que implicaban la fundación del Colegio de San Luis, en 1558, no fue una acción impensada ni representa un caso excepcional, sino más bien correspondió al plan organizativo de los estudios dominicos, previsto desde sus capítulos fundacionales. Aunque contamos con datos muy escasos sobre la función social del colegio, hemos podido observar que a sus aulas acudían los mejores estudiantes de los conventos de la provincia de Puebla y de otras de la Nueva España, a los que, según Medina, se les denominaba “escolásticos”. A esta institución llegaban a realizar estudios mayores que los preparaban para, después convertirse en lectores de los conventos o para obtener el grado de maestro en teología. Fray Eugenio Martín Torres afirma que el grado de Maestro en Teología no solo significaba prestigio académico sino también poder, ya que aseguraba su participación permanente en todos los claustros de gobierno, sobre todo en los capítulos provinciales, por ello, cada provincia tenía limitado su número (Torres, 2007, p. 337).

Al otorgar becas a frailes distinguidos de los conventos para que estos se dedicaran casi exclusivamente al estudio, con el propósito de lograr una esmerada y depurada educación, el colegio cumplió con la función de formar a la élite intelectual de la misma Orden de Predicadores, la cual ostentaba un gran prestigio social y gracias a sus saberes, adquirió poderes e influencia dentro y fuera de su propia comunidad. A pesar de las restricciones que limitaron el acceso de estudiantes laicos a los estudios formales conventuales, referencias aisladas muestran que en ciertos momentos del periodo colonial, los colegios dominicos, como el de San Luis, también se ocuparon de la educación de seglares con el propósito de paliar, en alguna medida, las carencias que en materia educativa, agobiaban a la población en las ciudades de la Nueva España donde se asentaron. Sin embargo, fue un colegio exclusivamente planeado para la Orden que, excepcionalmente y ante las exigencias de los vecinos, permitió el ingreso a sus cursos de estudiantes externos, aunque esa no era su finalidad. Circunstancias

temporales obligaron al colegio a admitir en sus aulas a algunos estudiantes laicos y solo en estudios menores de gramática y artes, los estudios mayores quedaron reservados como ya dijimos, para sus frailes. En sus estatutos solo se habla de abrir cursos de gramática para seglares en los primeros años de su fundación, pero no dice cómo debían organizarse y después de esta mención no aparece ninguna otra.

Todo parece indicar que sus recursos y sus esfuerzos estuvieron más bien concentrados en formar y graduar a sus elementos más destacados. El colegio rigió su vida por las disposiciones de sus estatutos. Ofrecía 17 becas para estudiantes distinguidos de la misma comunidad y poseía rentas propias para subsistir, como una corporación independiente del convento de Santo Domingo de Puebla. Cada dos años nombraba entre sus colegiales a sus autoridades, encargadas del gobierno del colegio. La escasez de instituciones educativas facultadas para otorgar los grados que permitían aspirar a los puestos burocráticos en la administración civil colonial, sirvió de acicate a la pretensión de elevar el estatus del Colegio de San Luis. Dada la importancia que fue adquiriendo, en 1630 el provincial, con apoyo de los vecinos de la ciudad, decidió hacer realidad las concesiones pontificias de 1619 y 1634, y convertir al colegio en universidad.³ Aparte de no encontrar apoyo en el virrey, la concesión pontificia quedaba limitada a los colegios que estuvieran a más de 200 millas de cualquier universidad y este no era el caso del Colegio de San Luis. Enrique González —en una publicación reciente— señala que todo el tiempo la política real se negó a responder a la insistencia de las órdenes religiosas de promover sus estudios al rango de universidad, considerando que los conventos no eran las instancias ideales para acoger cursos de derecho civil y canónico o medicina, puesto que las tareas de los frailes “no requieren de otras disciplinas que las de artes y teología” (González, 2010, pp. 77-101).

Por otro lado, Ríos Arce, cronista de la Orden de Predicadores, considera necesario recordar, que cuando el Colegio de San Luis le

3 La orden de Santo Domingo obtuvo en 1619 una bula del papa Paulo V que concedía a todos sus estudios generales la facultad de otorgar grados, y en 1634 una concesión pontificia le dio el título de universidad. Véase Gonzalbo (1990, pp. 297 y 299).

solicitó al obispo Diego Romano que el colegio fuera también una institución para seculares, el prelado se negó. Tal vez aduciendo los mismos argumentos citados. El hecho de haber abierto, en momentos críticos para la ciudad, eventualmente cursos de gramática o artes para estudiantes externos, y la falta de documentación que lo pruebe, nos obliga a poner en duda que el plantel haya podido responder plenamente a la demanda de educación que requerían las familias poblanas, como lo han afirmado algunos historiadores de la ciudad. La asistencia que pudo haber de laicos, hijos de los vecinos de la ciudad, puede confundirse con la costumbre de los colegios o conventos de religiosos de erigir escuelas de primeras letras para niños, pero independientes de los estudios de la Orden.

Referencias

Archivos

Archivo Histórico del Ayuntamiento de Puebla

Constitución 2, f. 3.

Constituciones 6 y 7, Estatutos del Colegio de San Luis ff. 8-9.

Constitución 13, Estatutos del Colegio de San Luis f. 16.

Constitución 14, Estatutos del Colegio de San Luis ff. 16-17.

Constitución 15, Estatutos del Colegio de San Luis ff. 17-19.

Constitución 16, Estatutos del Colegio de San Luis ff. 19-20.

Constitución 26, Estatutos del Colegio de San Luis ff. 28-29.

Juramento que ha de hacer el padre provincial la primera vez que visitare el colegio, *Estatutos del Colegio de San Luis* ff. 33-34.

Prólogo de los Estatutos del Colegio de San Luis, *Estatutos del Colegio de San Luis* f. 3.

Fuentes secundarias

- Carabias, A. (1983). *El Colegio Mayor de Cuenca en el siglo XVI. Un estudio institucional*. Madrid: Universidad de Salamanca.
- Dávila, P. (1955). *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, por la vida de sus varones insignes, y casos notables de Nueva España (1596)*. Ciudad de México: Academia Literaria.
- De la Torre, E. (1988). *Historia de la educación en Puebla (época colonial)*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Estatutos del Colegio de San Luis de Predicadores, que está fundado en la ciudad de los Ángeles de esta Nueva España. (1598). *Asuntos varios*, XLVIII. Ciudad de México: Centro de Estudios de Historia de México.
- Fernández de Echeverría y Veytia, M. (1963). *Historia de la fundación de la ciudad de Puebla de los Ángeles en la Nueva España, su descripción y presente estado*. Vol. II. Puebla: Ediciones Altiplano.
- Gonzalbo, P. (1990). *Historia de la educación en la época colonial. La educación de los criollos y la vida urbana*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- González, A. (2013). Los centros de estudios y colegios dominicos de la época novohispana. Recuperado de http://www.revistaimagenes.esteticas.unam.mx/node/33#_ftn7
- González, E. (2010). Por una historia de las universidades hispánicas en el nuevo mundo (siglos XVI-XVIII). *Revista Iberoamericana de Educación Superior (RIES)*, 1(1), 77-101.
- Gutiérrez, V. (1996). El Colegio Novohispano de Santa María de todos los Santos. Alcances y límites de una institución colonial. En: C. I. Ramírez y A. Pavón (comps.). *La universidad novohispana: corporación, gobierno y vida académica* (pp. 381-395). Ciudad de México: Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gutiérrez, V. (1998). Hacia una tipología de los colegios coloniales. En: L. Pérez (coord.). *De maestros y discípulos. México, siglos XVI-XIX* (pp. 81-92). Ciudad de México: Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México.

- Medina, M., O. P. (1992). *Los dominicos en América. Presencia y actuación de los dominicos en la América colonial española de los siglos XVI-XIX*. Ciudad de México: Mapfre.
- Peña, J. (2007). Predicadores para los ángeles. Dominicos y catolicismo en la Puebla del siglo XVI. *Anuario Dominicano*, 3, 141-206.
- Ramírez, C. (1996). El Colegio de Santo Domingo de la Cruz, una fundación dentro del convento de San Esteban de Salamanca. *Archivo Dominicano*, 17, 187-201.
- Ramírez, C. (2001). *Grupos de poder clerical en las universidades hispánicas I. Los regulares en Salamanca y México durante el siglo XVI*. Ciudad de México: Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ríos, F., O. P. (1992). *La orden dominicana. Estudio histórico para ilustrar la historia civil, eclesiástica, científica, literaria y artística de esta ciudad de los Ángeles*. Puebla: El Escritorio.
- Soto, M. (2007). Los colegios dominicos de la Nueva España. Recuperado de: <http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v09/ponencias/at09/PRE1178137072.pdf>
- Tanck de Estrada, D. (1999). Tensión en la torre de marfil. La educación en la segunda mitad del siglo XVIII mexicano. En: J. Vázquez, T, Estrada, D, Staples y A, Gurza. *Ensayos sobre historia de la educación en México* (pp. 27-99) Ciudad de México: El Colegio de México.
- Torres, E., O. P. (2007). La fundación de la provincia de San Miguel y los Santos Ángeles de Puebla, 1628-1661. *Anuario Dominicano*, 3, 315-368.
- Ulloa, D. (1977). *Los predicadores divididos*. Ciudad de México: El Colegio de México.